

**CUENTO N° 174**

**TÍTULO: MOMENTOS**

**SEUDÓNIMO: CONDE**

**AUTOR: JUAN FERNANDO LORCA ZAPATA**

### **Momentos**

Se sentía tan cómodo en la pileta de agua de su madre que se resistía a nacer y su débil vagido apenas se escuchó en la sala helada del hospital. Fue como un prefacio vaticinador de lo que sería su vida porque Guillermo se envolvió poco a poco con un carácter sumiso y retraído. El mundo exterior lo recibió de malas ganas y lentamente le hizo la vida imposible. Los niños de su entorno lo agredían con facilidad al descubrir su debilidad introvertida. Le pinchaban las manos con alfileres sin que atinara a reaccionar a pesar de su dolor, lo pasaban a llevar, le daban pisotones, cachetadas en la cara y otras vejaciones que soportaba con verdadero estoicismo. Lloraba, resistía, resistía, solo resistía. Así lo fueron marginando de los grupos y amigos hasta que llegó a la adolescencia. Se diría que de repente echaba de menos el líquido amniótico del vientre tan hospitalario de su madre. ¡Qué alivio sería volver a esa piscina temperada! Sin embargo, todo empezó a cambiar cuando en el Liceo le obligaron a leer “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha” de Cervantes y entonces descubrió el asilo que tanto buscaba. Fue la puerta de salvación, la guarida que tanto rebuscaba. Y la cruzó con fruición como el que se encuentra con una de esas muñecas rusas levantando una para encontrarse con otra y otra y otra y así sucesivamente. Mucho tiempo después, cuando ya la literatura lo apasionaba desaforadamente, se dio cuenta que este libro tenía otros tesoros escondidos inexplicablemente como la referencia a “La Araucana” de Ercilla con incluso algunos versos citados; la vuelta de carnero de Pablo, el enemigo de los cristianos, que después fue hasta su santo responsable de difundir al mundo entero el catolicismo y

sacarlo de su ostracismo; la motivación que tuvo la escritora inglesa Mary Shelley, autora de Frankenstein, para aprender español y así como otras joyitas escondidas.

Otras diversas lecturas le regalaron interminables descubrimientos y vivencias de otros mundos y otras épocas y tantos y tantos personajes diferentes que lo empujaron a leer, leer y leer cada vez más y más.

Sin embargo, a pesar de conocer estos mundos maravillosos, Guillermo se volvió cada vez más solitario. Su mundo interior se solazaba con las vivencias descritas en sus lecturas. No era un solipsismo ególatra sino una búsqueda permanente de esa existencia vigorosa que tanto le faltaba. También comenzó a gustarle el cine y sentado en un rincón comparaba el Hamlet de Shakespeare con el Innokenti Smoktunovski de la versión de los rusos, deleitándose con el pelo flotando al galope vertiginoso del caballo cuando supo de la muerte del padre, de la enorme sombra paternal de ultratumba, del golpeteo de los dedos contra el tambor tramando la venganza y finalmente su hermosa muerte para vivir eternamente en su propia memoria. Empujado por sus desenfrenadas lecturas se convencía cada vez más que la efímera existencia de la que iba a ser víctima, estaba hecha de momentos, solo de momentos, de instantes fugaces, pasajeros, que se iban tan pronto como llegaban, dándole a entender que el presente casi no existía, agobiado por el futuro enigmático e inescrutable y el pasado conocido, vivido y tantas veces recordado. Por eso, al preguntarse cómo enfrentar el futuro, se alejó cada vez más de una explicación religiosa y comenzó acariciar la respuesta que encontró casi al final de "El Conde de Montecristo" de Alejandro Dumas: "solo se debe confiar y esperar".

El tiempo, inexorable artesano de nuestras lápidas, se deslizaba lentamente por las páginas de los libros hasta que en cada turno se va entusiasmando con autores y escritores que le salen al paso. Ese bandido Eloy de Droguet, perseguido y acorralado, dándose tiempo para disfrutar del olor de las violetas, el Martin y Leonor describiendo las costumbres de la sociedad chilena de los años 1850 y 1851 de Blest Gana, una androide más humana y sublime creada por Robert Young en “Treinta días tenía septiembre” en un mundo dominado por el futuro de las máquinas o por las computadoras de hoy, la presunción legal de un policía usando una palabra inexistente en “Inamible” de Baldomero Lillo, y así con otras tantas lecturas. Pero también el cine le dejaba en la memoria un almacén de momentos inolvidables como el carraspeo y golpe de cuchara en el plato vacío del hijo menor de unos 8 años cuando el padre, en una mesa larga y desolada, es abandonado por todos sus hijos mayores, y el mismo papá le dice Sí, hijo, sé que estás ahí, en “¡Qué verde era mi valle!” de John Ford o el mañana será otro día de Scarlett en “Lo que el viento se llevó” cuando Rhett Butter la abandona con un francamente me importa un comino o el dime que he sido un buen hombre, por favor dímelo, del exsoldado James Ryan en “Rescatando al soldado Ryan” o del quebranto y llanto de Schindler al recordar el despilfarro de dinero en gastos superfluos y triviales en lugar de haber salvado más vidas en “La lista de Schindler” y así como muchos otros momentos, siempre breves, significativos, pero siempre evanescentes y fugaces como la vida.

La literatura le apasionaba, pero la sobrevivencia le exigió ganarse la vida y así fue como después de la muerte de su padre se vio en la obligación de trabajar para

ayudar a su madre. Tuvo suerte, aunque al principio lo tomó a la ligera. Empezó como junior y lentamente se fue entusiasmando como pedidor en una Agencia de Aduanas porque este trabajo consistía en clasificar el universo de las mercancías en un arancel aduanero ordenado aristotélicamente en los reinos animal, vegetal y mineral. Así, le permitió conocer el mundo de las máquinas, su funcionamiento, su utilidad, su uso, además del origen y uso de las más diversas materias como las pieles, los productos químicos, los plásticos como el caucho termoplástico o TPR que reemplazara tan eficientemente a la goma de las suelas de los zapatos y al poliuretano de las zapatillas tan de moda y al calzado en general. Y así fue estudiando y conociendo toda clase de mercancías, artículos y máquinas modernas. Sin embargo, su pasión seguía siendo la literatura que lo llevaba no solo a diferentes épocas, tierras, alterando el tiempo, jugando con él, dando saltos al futuro, al pasado, sino también llevándolo hacia otras artes como la música y la pintura. A menudo, mientras leía, escuchaba la novena sinfonía de Beethoven, pero no podía hacerlo con la Patética de Tchaikovsky, sobre todo porque le incomodaba y conmovía la parte final donde se escuchan las últimas palpitaciones de muerte de quien se presume que se suicidó por su homosexualidad no aceptada en su época. También revisaba en libros las pinturas fantásticas de Leonardo, la indescifrable sonrisa o no de La Gioconda; el martirio de Frida Kahlo; en la firma en blanco, LE BLANC-SEING de René Magritte, lo lógico irracional lo seduce con la amazona cabalgando entre árboles que no dejan ver el bosque o viceversa, como ocurre muchas veces en la vida. Mas, la fotografía del óleo que lo identifica es “Equilibrio inestable” de Pedro Lobos donde una pareja de campesi-

nos parecen ser arrastrados por un fuerte viento que amenaza todo un andamiaje apenas sostenido por diversos artefactos chilenos como teteras, mate, horno y cosas tan diversas como un picoroco, una concha, un pájaro y una bufanda aborigen. Toda esta armonía tan estable se ve intimidada por un desequilibrio latente. A Guillermo le parece que la vida misma está presente en esta pintura cuando cada certeza se exhibe tan sólida y a la vez tan insegura e inestable.

No obstante, Guillermo seguía leyendo desafortunadamente y se fascinaba cada vez más con la vida de los romanos novelada por Santiago Posteguillo en la trilogía del Africanus, la vida de Alejandro Dumas referida por Arturo Pérez Reverte en “El club Dumas”, el maravilloso relato de “El último encuentro” de Sándor Márai, apasionándose febrilmente con el resto de las obras de estos autores, hasta que se encontró con Marcel Proust y su “En busca del tiempo perdido” y comenzó su desesperación. No encontraba la llave para entender y disfrutar de esta lectura. No lograba armar el rompecabezas. Las palabras pasaban delante de sus ojos sin detenerse, eran unos trenes sin estación y mientras más leía y leía, menos podía subirse en algún vagón. Agotado, terminó con la función y decidió recoger la sugerencia de Borges de desechar y descartar lo que no podía disfrutar. De vez en cuando se volvía a topar con lecturas indescifrables para él y volvía una y otra vez a la carga, hasta que un día lo encontraron muerto en su escritorio. Lo hallaron sentado, recostado, aplastando con su cara, ya sin vida, las hojas abiertas del “Ulises” de James Joyce. Nunca se supo si logró encontrar esa llave.

Pero dejémonos de cuento porque Guillermo nunca llegó a ser adulto. Fue solo un joven de mejillas rosáceas, sugiriendo un vigor y energía que no tenía porque su madre siempre andaba preocupada de la delgadez de su hijo único. Algo insospechado falló de la noche a la mañana y todo se desplomó en ese equilibrio inestable. Una madre quedó trizada por el llanto y una existencia adulta que nunca existió pudo vivir al menos en estas páginas burlando al olvido despiadado y trágico y recordando que solo la literatura y los libros nunca mueren porque son eternos, siempre eternos.

